

simple, escuchad lo que á mi me sucedió, no cosa oída de siniestras relaciones, ni cuento sin substancia, yo le vi, como os lo digo: quizá con este suceso sereis de nuestra opinion, convencido con la fuerza de verdades tan claras.

Quando yo era muchacho me envió mi padre á estudiar á Egipto, y llegando en un navio hasta Capto, quise desde allí pasar á ver el sepulcro de Meenon, por oír aquellos ruidos milagrosos que en él cada dia al salir del sol se oyen, espantosa accion, desde el dia de la muerte de aquel hijo querido del aurora, por quien la madre llora aljofar tanto: oílos, y no como otros, un son triste y melancólico, sino que vi al mismo Meenon, que entre aquellas quejas dulces con que lamenta el valor troyano, me descubrió en siete versos algunos oráculos oscuros, que por temer salir del principal asunto de la historia no os lo digo. Embarcámonos de nuevo, vista aquella maravilla, yendo desde allí en nuestra compañía un navegante natural de Memphis, varon de aquellos doctísimos exercitados en toda la doctrina y ciencia egipcia, de quien decian que habia vivido veinte y quatro años en unas cuevas sagradas en el centro de la tierra, adonde Isis le enseñó el arte mágica. Que me maten, dixo Aritoño, si ese que decis no es Pancrates mi maestro, varon sagrado, de barba y cabello raído, con vestiduras ásperas de lino, docto, y que habla la lengua griega con retórica y pureza, alto de cuerpo, de nariz roma, labios gruesos y piernas delgadas. El mismo es por las señas, dixo Eucrates, que ya no se me acordaba el nombre; ese, pues, las veces que juntos tomamos tierra, le vi hacer notables maravillas; atraía á sí los cocodrilos, y subido en ellos se paseaba por las

las aguas sin peligro; hablaba con las fieras y animales, y le respondian y respetaban, ahagándole humildes con las colas; luego le tuve por hombre famosísimo; y poco á poco, aprovechándome de mi afabilidad y cortesía, le fui ganando la voluntad de suerte, que teniéndome por particular amigo me comunicaba sus secretos; persuadióme finalmente á que le siguiese solo adonde me llevase, dexando hasta la vuelta á mis criados en Memphis, que no nos faltaria servicio adonde fuésemos: partimos, pues, despedidos de los nuestros, sirviéndonos de esta manera. Desde que fuimos solos, en llegando á la posada tomaba el sabio una mano de mortero, una escofina, ó una aldava de una puerta, y envolviéndola en un paño, y diciendo sobre ella ciertos versos se transformaba en hombre, que nos servía de quanto le mandábamos con grande ligereza, aderezaba la comida, traía lo necesario para el gasto, ponía la mesa, hacia la cama, y sacaba agua del pozo, mostrándose para todo cuidadoso y diligente; y despues de apercebirlo todo, quando no habia que hiciese, se llegaba á él Pancrates, y diciéndole otro verso, le reducía á su primera forma: mirad qué criado tan bueno y tan barato. Deseaba yo mucho saber este secreto, y aprovechaba poco mi diligencia; porque él se guardaba grandemente de que yo le supiese; mas quiso Dios que cierto dia quando él transformaba aquel criado, yo tuve tiempo para ocultarme en un rinconcillo oscuro de su mismo aposento, y oí de cerca el conjuro, sin que él pudiese saberlo, y con facilidad pude aprenderle, por no ser mas de tres sílabas; él habiéndole mandado á la mano de mortero las cosas que habia de hacer, se fue á la plaza, deshaciendo primero aquella transformacion

tan

tan provechosa, sin que yo pudiese oír con lo que la deshizo, por mas atento que estuve. Yo, pues, que deseaba grandemente hacer la experiencia de las palabras que sabia, en viéndome solo tomo la mano de mortero, y vistola como lo hacia el filósofo, y pronunció las tres silabas (rara maravilla), volvióse hombre al mismo punto: viéndome con criado tan á poca costa, inadvertido con el contento del buen suceso de mi traza, le dixé que me truxese agua del pozo: parte diligente el mozo, y trae un cántaro lleno. Riega la casa, le dixé, y trae mas agua, hizolo así, y fue por otro cántaro; temía que viniese Pancrates, y se enojase de mi mucha diligencia; y así dixé al negro mozo que no sacase mas agua, sino que se volviese á ser lo que era; mas él no quiso obedecerme, antes sin cesar de sacar agua, llenó toda la casa de ella. Yo viendo que no podía estorbar aquesto, y que segun la priesa que se daba tenia talle de agotar muy presto el pozo, y anegar sus mismos amos, y temiendo el enojo de Pancrates, tomo una hacha, y hago á la mano-mozo dos pedazos; mas (ó graciosa cosa) que hechos dos mozos de uno, sacaban doblada agua con dos cántaros; de manera que si antes habia uno que agotase el pozo, ya lo hacian dos con mucha priesa. Yo no sabia qué hacerme; porque aunque queria detenerlos, andaban tan ligeros en su oficio, que vencian mi diligencia, ellos á correr con su tarea, y yo á pedirlos que la dexasen. Entró Pancrates, y enojado de mi bachilleria, deshizo tan serviciales criados, y dexó mi compañía, sin que jamas volviese á verle. ¿Y podriades agora, amigo Eucrates (le preguntó Dinomaco) hacer un hombre de una mano de mortero diciendo los mismos versos? Claro está, dixo, que le ha-

haria; mas como me faltan las palabras con que restituírle á la primera forma, si una vez comenzase á ser aguador, convendrianos desocupar la casa, pena de anegarnos todos. No acabariades ya, señores (dixé yo) de contar esas monstruosidades, pues por viejos y por doctos teneis obligacion de pesar mucho quanto dixéredes, sin querer desdorar la autoridad y estimacion que justamente han adquirido vuestros estudios y letras con que servis á Grecia de esplendor sagrado, de honor cumplido; y ya que forzados de vuestro natural errado, á que algunas veces tan mal pueden contravenir aun los mas sabios, quereis divertirlos en tan perjudiciales vanidades, en tan escusadas locuras, guardadlas para otro tiempo, quando estando á solas retirados no podais dañar las costumbres de estos mozos, á cuyo exemplo imitarán calidades tan perniciosas; y quando no por esto, circunstancia á que debe atender principalmente el cuidadoso padre de familias, sea porque no los ocupen los corazones esos espantos y fabulosos prodigios, y les mengüe el ánimo para acometer atrevimientos gloriosos: porque acostumbrados á semejantes miedos los turbarán toda la vida, haciéndolos medrosos qualquiera ruido, y qualquiera pequeño engaño; accion propia del natural humano, de suyo temeroso y espantadizo, dispuesta la imaginacion á semejantes supersticiones y asombros. Agradezcoos mucho, dixo Eucrates, el acordarme de las supersticiones, porque me distes ocasion para preguntaros ¿qué fe teneis de los oráculos? ¿qué sentis de las adivinaciones con que hombres doctos predicen casos aun no venidos, anteviendo los sucesos inspirados de Deydad suprema? ¿y qué juzgais de aquellas voces

con

con que responden á las dudas de los hombres los lugares secretos de los sagrados templos, y de los que la virgen Sacerdotisa declara en versos numerosos de cosas que aun no han pasado? porque si dudais de aquesto, como de lo demas que habeis oido, quiero que sepais que yo tengo un anillo sagrado, en cuyo sello se mira relevada la imagen de Apolo Pitio; y porque no os espanteis no os digo lo que conmigo habla de ordinario, que no consiente mi humildad que se piense quiero engrangear soberbias locas á mi estimacion y crédito, alabándome de cosas que parecen increíbles, dexo aquesto que me toca, y quiero deciros lo que en Malo oí á Anfiloc, heroe doctísimo, á quien traté muchas veces, consultando al Dios Divino el suceso de los míos: diréos tambien lo que vi en Pergamo, y lo que de esta materia oí en Pataris: estadme atento, oireis notables cosas.

Quando volví de Egipto á mi tierra oí que habia en Malo aquella adivinacion notable, y que daba de tal suerte los oráculos, que respondia lo cierto á quanto le preguntaban, si qualquiera Profeta le daba escrito en una cédula lo dudoso que pedia. Parecióme conveniente experimentar de camino la verdad de aquel oráculo, y así fui á consultar al Dios algo de lo venidero. Aquí llegaba Eucrates, quando viendo yo quan largo habia de ser aqueste cuento, pues ninguno de aquella conversacion me habia parecido breve, ni lo era la tragedia que habia propuesto del oráculo, y que no me estaba bien contradecir á tantos, cosa á que me habia de atrever, si los oía, me determiné dexarlos, cierto de que no les disgustaria, por el enfado que habrian recibido con la contradiccion de sus mentiras; y así levántandome, y atajan-

do la narracion de Eucrates, les dixé que me diesen licencia, que iba á buscar á Leontico, porque me importaba hablarle. Vosotros, señores, proseguí, ya que entendeis que las cosas humanas son poco suficientes para la latitud de vuestros juicios, para la comprehension de vuestros discursos, llamada á los Dioses inmortales, que los hombres somos incapaces de entender las maravillas á que os haceis testigos; y diciendo esto me fui, dexándolos contentos, á lo que me parece, por la libertad en que quedaban para mentir á todo ruedo, sin contradiccion que les causase enfado: ¿quién duda que se banquetearian unos y otros, y engullirian mas mentiras que regalos?: de suerte, amigo Filocles, que de oír tales patrañas en casa de Eucrates vengo con el vientre hinchado de mentiras, sintiendo la misma pesadumbre que los que beben mosto; y así por no morir he tenido necesidad de vomitarlas. Ay Dios! y quien hallara algun medicamento, algun remedio, aunque me costara mucho, que me hiciera olvidar de quanto os he contado: divino Lotos fuera él, deseado Cocyto; porque si tanto se queda en la memoria, no deis por mi vida nada: porque la imaginacion de tanto monstruo, de tanto demonio, y Hécate, me ha de persuadir á que los veo, y han de venir á matarme; que la mentira no es menos poderosa, ni causa menores males. *Fil.* Yo tambien temo lo mismo, Tyquiades amigo; de buena gana os hubiera perdonado aquesta plática, que ya me parece que veo mil fantasmas; succedeme con vos lo que á los mordidos de rabiosos perros, que no solo rabian ellos, sino los hombres que muerden; y así se han de temer estos como los animales que rabiaron; tal vos que habiendoo en casa de Eucrates mordido tantas mentiras (perros que rabian

hablando) habeis comunicado conmigo la mordedura, y dadóme el mismo daño, tan llenos de demonios me habeis dexado la imaginacion y el ánimo. *Tyg.* ¿Qué fuera de nosotros si no se hallara remedio á tal desdicha?: viva la verdad eternos siglos, gracias á la razon, que modera semejantes desconciertos, con cuyas luces divinas, y gloriosos esplendores libraremos de la opresion de la mentira infame, sin ser turbados de sus vanos enredos, ni vencidos de sus mordaces discursos.

DIA-

EL ACHERONTE DE LUCIANO.

ARGUMENTO.

Con razones y exemplos persuade el Filósofo en este diálogo la poca duracion del vivir breve de los hombres: pinta con agudeza las penalidades, disgustos y desasosiegos de la vida: quan facilmente falta la felicidad mas deseada, el bien mas seguro, la riqueza mayor, y el gusto mas pretendido: lo poco que hay que fiar en las grandezas, abundancias y venturas de la tierra; soplos leves, ayres delicados, que adquiridos con desvelos faltan mucho antes de empezar á gozarse, dexando solamente la memoria de haberlos conocido para eterno tormento de no haberlos gozado. Introduce á Acheronte, barquero del infierno, que deseoso de saber los secretos humanos persuade á Mercurio que se los descubra, para juzgar mejor de todos ellos. Importantísima me parece esta lectura, para alcanzar el verdadero conocimiento de la poca duracion de la asistencia humana, y para saber apreciar felicidades tan falibles, y con eso desnudar al alma de afectos tan dañosos, para poder mejor levantar el ánimo y deseos á la duracion de las glorias eternas, que no han de faltar á los que las alcanzaren: porque si es cierto lo de S. Agustin en el Enchiridion, y lo que dice San Isidoro en el lib. 3. de summo bono, que cum gravi dolo reamittuntur, quae cum magno amore habentur: Bien es conocer lo poco que se ha de amar quanto hay humano, porque quando se pierda se sienta menos; para cuyo consuelo no aprovechará poco el que da San Gregorio en el lib. 3. de sus Morales:

02

Mag-